

permitido á su ministro declarar la guerra á Francia en un momento en que aquélla podía complicar los apuros del rey que amaba. Es falso que el gobierno inglés haya suscitado á precio de oro los tumultos revolucionarios de París: la libertad francesa, áun en sus convulsiones más terribles, jamás tuvo necesidad de ser pagada por Inglaterra. El alma de Jorge III, de lord Stafford, del canceller Thurlow y del mismo Pitt hubiera repugnado emplear tan vergonzosas excitaciones contra un soberano que tenia que lidiar con su pueblo. Empero Pitt no hubiese sacrificado á su conmiseracion por Luis XVI un minuto ó una ocasion que se ofreciese á la fortuna de su país. Preveía esta ocasion, tenia el presentimiento de la caída más ó ménos próxima de un trono minado por tantas pasiones desencadenadas; sabía que los principios de la revolucion francesa inspiraban tanto temor como antipatía al rey y á la masa de la aristocracia de Inglaterra; se preparaba á la guerra para el tiempo en que le pareciese quererla el rey, sin desearla ni adelantarla. Este tiempo se acercaba, y Burke lo decia ya en el Parlamento.

Ya se ha visto que los constitucionales y los girondinos, Brissot y Narbona, de acuerdo sobre un mismo pensamiento, enviaron diez y ocho meses ántes de esta época á Mr. de Talleyrand á Lóndres, para recordar la revolucion de 1688 y ofrecer á Pitt la renovacion del tratado de comercio de 1786. A este precio, Luis XVI, los constitucionales y los girondinos esperaban comprar, si no la alianza, al ménos la neutralidad del gabinete inglés. Estos dos partidos, los constitucionales y los girondinos, que querian entónces la guerra con el continente para dirigir hácia las fronteras las tormentas que amenazaban la Constitucion de París, tenian necesidad de neutralizar á Inglaterra. Escogieron para negociar con Pitt el diplomático más aristócrata y seductor entre los hombres que habian abrazado la causa moderada de la revolucion. Madama de Staël habia decidido esta eleccion, que era feliz.

## VIII

Empezaba entónces Mr. de Talleyrand á ocuparse de los asuntos que ha manejado, anudado y desanudado despues sin interrupcion durante más de medio siglo, y que sólo abandonó á su muerte. Tenia treinta y ocho años. Su delicado y fino rostro revelaba en sus ojos azules una inteligencia luminosa pero fria, cuya lucidez jamás turbaban las agitaciones del alma. La elegancia de su crecida estatura apenas era alterada por una deformidad corporal; cojeaba un poco, pero esta enfermedad se parecia á una indecision voluntaria de la postura de su cuerpo. Su destreza sabía cambiar en gracias hasta los defectos de la naturaleza. Este solo vicio de conformacion le impidió entrar en la carrera de las armas, á la que le llamaba su elevado nacimiento. Su talento fué la única arma que pudo emplear para abrir á su nombre una carrera en el mundo. Se habia enriquecido, pulido y aguzado para los combates de la ambicion ó para las conquistas de la inteligencia. Su voz era grave, dulce y sonora como la emocion oculta de una confidencia. Se conocia, al oírle, que era el hombre que hablaria mejor al oído de todas las potencias, pueblos, tribunos, mujeres, emperadores y reyes. Algo de sardónico en su sonrisa se mezclaba en sus labios á un visible deseo de seduccion; aquella sonrisa parecia indicar en él una segunda intencion de burlarse de los hombres agradándolos ó gobernándolos.

Nacido de una familia que habia sido soberana de una provincia de Francia ántes de la unidad del reino, y que ahora adornaba el trono, Mr. de Talleyrand habia sido dedicado á la Iglesia, como un estorbo indigno de la corte, para esperar allí las más altas dignidades del episcopado y cardenalato. Obispo de Autun, resto de la ciudad romana oculta en los bosques de Borgoña, el jóven prelado desdafiaba su silla; le repugnaba el altar, y vivia en París en medio de la disipacion y los placeres, en que la mayor parte de los eclesiásticos de su edad y de su rango consumian las inmensas dotaciones de su iglesia. Unido con todos los filósofos, amigo de Mirabeau, presintiendo muy próxima una revolucion cuyas primeras sacudidas harian caer la religion de que él era prelado, estudiaba la política, que iba á llamar á todas las grandes inteligencias á destruir y reedificar los imperios.

Elegido miembro de la Asamblea constituyente, desertó á propósito, pero con miramiento, de las opiniones y las creencias arruinadas, para pasarse al partido de la fuerza y del porvenir. Habia conocido que un nombre aristocrático y opiniones populares eran un doble poder, que necesitaba combinar hábilmente en su persona á fin de imponer á los unos por su rango y á los otros por su popularidad. Habia dejado su sacerdocio como un recuerdo importuno y como un traje incómodo; trataba de entrar en la revolucion por cualquiera puerta oculta. La medida y la reserva un poco tímida de su talento, que sólo tenia audacia en el gabinete y para la concepcion de pacientes designios, no le permitia subir á la tribuna, donde la palabra enérgica reinaba entónces. Mr. de Talleyrand se inclinó á la diplomacia, donde la habilidad y el manejo debian reinar siempre. La amistad de Mirabeau habia arrojado al morir sobre Mr. de Talleyrand uno de esos reflejos póstumos que las grandes notabilidades dejan tras sí sobre lo que sólo se les ha acercado. Su silencio lleno de reflexion y de misterio, como el silencio de Sieyes, imprimia cierto prestigio á su persona en la Asamblea. Este es el poder de lo desconocido, el atractivo del enigma para los hombres que les gusta adivinar. Mr. de Talleyrand sabía explotar admirablemente este prestigio; su palabra no entreabria sino por algunos rasgos raros y cortos el cubierto horizonte de su talento, con lo que parecia aún más profundo. Las medias palabras son la elocuencia de la reserva, y ésta era la de Mr. de Talleyrand.

Dependian con frecuencia sus opiniones de su situacion, y sus verdades no eran más que los puntos de vista de su fortuna. Indiferente en el fondo, como toda su vida lo ha probado, al trono, á la república, á la causa de los reyes, á la forma de las instituciones de los pueblos, al derecho ó al hecho de los gobiernos, éstos no eran á sus ojos más que formas móviles que toman alternativamente el espíritu del siglo ó el genio nacional de las sociedades, para cumplir tal ó cual fase de su existencia. Tronos, Asambleas populares, Convencion, Directorio, Consulado, Imperio, Restauracion ó cambio de dinastía, no eran para él sino expedientes del destino, y no les sacrificaba un dia más que la fortuna. Se preparaba en su imaginacion el papel de dichoso servidor de los acontecimientos; cortesano del destino, acompañaba la felicidad, servia á los fuertes, despreciaba los poco diestros y abandonaba á los desgraciados. Esta teoría le sostuvo cincuenta años en la superficie de las cosas humanas, precursor de todos los sucesos, flotando despues de todos los naufragios y sobreviviendo á todas las ruinas. Este sistema tiene un viso de indiferencia sobrenatural que coloca al hombre de Estado encima

de la inconstancia de los acontecimientos, y le da la actitud de dominar lo mismo que le levanta. En el fondo no es más que el sofisma de la verdadera grandeza de alma. Esta aparente burla de los acontecimientos debe principiar por la abdicación de sí mismo, porque para fingir y sostener este papel de imparcialidad con todas las fortunas, es preciso que el hombre separe las dos cosas que hacen la dignidad de carácter y la santidad de la inteligencia, que son la fidelidad á sus compromisos y la sinceridad de sus convicciones; es decir, la mejor parte de su corazón y de su alma. Servir á todas las ideas, es probar que no se cree en ninguna. ¿A qué se sirve entónces con el nombre de ideas? A su propia ambición. Es aparecer á la cabeza de las cosas é ir tras de ellas. Estos hombres son los aduladores, y no los auxiliares de la Providencia. Sin embargo, Mr. de Talleyrand adivinó desde la aurora de la revolución que la paz era la primera de las verdaderas ideas revolucionarias, y fué fiel á este pensamiento hasta su último día.

El decreto de la Asamblea que prohibía á sus miembros aceptar funciones del poder ejecutivo hasta despues de cuatro años de haber dejado de formar parte de la Representación nacional, prohibía á Mr. de Talleyrand ser el negociador nombrado. Se dieron las credenciales á Mr. de Chauvelin, hombre de corte popularizado por un celo tumultuoso contra ella; pero se dió el secreto, las instrucciones y las negociaciones á Mr. de Talleyrand. Una carta confidencial escrita por Luis XVI al rey de Inglaterra, decía á Jorge III: «Deben establecerse nuevas relaciones entre nuestros dos países. Conviene á dos reyes que han marcado su reinado por un deseo continuo de la felicidad de su pueblo formar entre sí lazos que llegarán á ser tanto más sólidos cuanto más se ilustre el interés de las naciones». Mr. de Talleyrand fué presentado á Mr. Pitt; empleó con él todo cuanto la adulación indirecta y la gracia flexible podían producir para interesar el genio de aquel grande hombre en la ejecución del plan de alianza que deseaba hacerle aceptar. Le pintó con entusiasmo la gloria del hombre de Estado á quien la posteridad debiese el reconocimiento de aquella reconciliación de los dos pueblos que imprimen el movimiento ó la inmovilidad al mundo. Mr. Pitt le escuchó con un favor mezclado de incredulidad. «¡Muy feliz será ese ministro!—respondió, dando un suspiro, al jóven diplomático francés.—Yo quisiera ser ministro en ese tiempo.» «¿Acaso Mr. Pitt—replicó Mr. de Talleyrand—cree esa época tan lejana?» Pitt reflexionó, y luégo dijo: «Eso depende del momento en que vuestra revolución concluya y en que vuestra Constitución pueda marchar». Pitt dejó ver claramente á Mr. de Talleyrand que el gabinete inglés no comprometería su mano en una revolución en toda su fuerza, y cuyas crisis, sucediendo diariamente á otras crisis, no daban certidumbre ni seguridad á los compromisos que se contrajesen con ella. Mr. de Talleyrand, á su vuelta á Francia, manifestó aquellas disposiciones al ministerio girondino de Roland y de Dumouriez, que acababan de suceder á Narbona y á Lessart. Dumouriez volvió á enviar de nuevo á Mr. de Talleyrand á Londres, encargado de solicitar la mediación de Inglaterra entre el emperador y Francia. Esta vez Mrs. de Talleyrand y de Chauvelin se hicieron, no sólo importunos, sino sospechosos á Mr. Pitt. Este ministro percibió que los dos negociadores franceses llevaban adelante al propio tiempo una doble negociación: una con él para pacificar á Francia, y otra con los jefes de la oposición para agitar á Inglaterra. Acusóseles claramente en los diarios ministeriales de una unión oculta é íntima

con Fox, con lord Grey y hasta con Tomás Payne y el demagogo Torn-Hooke, fundador de un partido popular que no sólo atacaba á los ministros, sino á la aristocracia, la propiedad, la iglesia, el espíritu de la Constitución británica, y hasta las mismas bases de la sociedad.

Fox, rival de Pitt en la tribuna, hombre más capaz de agitar los pueblos por la palabra que de conducirlos por el genio del gobierno; Fox, decimos, se esforzó inútilmente en discursos, en que los golpes de la revolución francesa resonaban hasta sobre el trono de Jorge III, para paliar los movimientos de París; en vano representaba la causa de la libertad francesa como solidaria de la causa de la libertad británica; el espíritu de su nación se separó de él para unirse más y más á



Asesinato de Lepelletier de Saint-Fargeau.—Pág. 321.

Mr. Pitt. Las proposiciones de Fox, más populares en la calle que en la Cámara de los Comunes, sólo eran sostenidas por débiles minorías de cincuenta ó sesenta votos. El 20 de Junio y el 10 de Agosto respondieron uno tras otro á sus promesas de fundación de una libertad constitucional en Francia, é hicieron temblar ó estremecer á la numerosa parte del pueblo unida al establecimiento constitucional. Lord Gower, embajador de Inglaterra en París, fué llamado inmediatamente despues de la destitución de Luis XVI, con pretexto de que sus credenciales eran ya nulas de derecho, por no existir el soberano á quien se dirigian. La permanencia en Londres de Mr. de Talleyrand y de Mr. de Chauvelin ya no fué considerada por Mr. Pitt sino como una tolerancia de su gobierno. Las jornadas de Setiembre, comentadas con caracteres de sangre en los escritos y en los discursos de Burke, arrojaron una siniestra sombra sobre las palabras de Fox. La paz y la alianza con Francia parecieron á la nación inglesa una complicidad con los autores de aquellos asesinatos impunes. El cautiverio del rey, de la reina y de los dos niños, ino-

centes de todo crimen, añadía la piedad al horror. El proceso del rey, sin fórmulas y sin jueces, daba á Pitt por auxiliar todo el sentimiento público.

## IX

El rey fué decapitado. Todos los tronos temblaron, todos los pueblos retrocedieron de admiración y horror ante aquel sacrilegio de la majestad, á quien se atribuía algo de divino. Cuando llegó el correo que llevaba esta siniestra noticia á Lóndres, Mr. de Chauvelin recibió la orden de salir de Inglaterra dentro de veinticuatro horas. Preguntándole la oposición los motivos de aquella expulsión del suelo libre de Inglaterra, Pitt hizo responder en la Cámara: «Después de unos acontecimientos sobre los que la imaginación no puede detenerse sin horror, y después que una infernal facción se ha apoderado del mando en Francia, no podemos tolerar la presencia de Mr. de Chauvelin, porque no hay medio de corrupción que no haya ensayado, por sí mismo ó por sus emisarios, para seducir al pueblo y sublevarle contra el gobierno y las leyes de este país». Marat, que desembarcaba aquel día en Douvres, recibió la orden de volverse á embarcar, sin permitirle siquiera llegar hasta Lóndres. Mr. de Talleyrand, sin título oficial del gobierno francés, y que no había dado á Pitt ni los mismos pretextos ni las mismas sospechas que Mr. de Chauvelin, permaneció en Lóndres, conservando aún el último hilo de las negociaciones.

De vuelta en París Mr. de Chauvelin, esparció la noticia de una violenta fermentación en la nación inglesa; anunció que el pueblo de Lóndres se levantaría en masa á la primera señal de las sociedades republicanas, en el día en que Pitt tuviese la audacia de declarar la guerra á Francia, y que Jorge III no estaría seguro en su mismo palacio. Brissot, creyendo las relaciones de Chauvelin, subió á la tribuna de la Convención en nombre del comité diplomático, y creyó intimidar á Pitt anunciando que la guerra que iba á estallar emanciparía á Irlanda del yugo de Inglaterra. Sordo á los consejos más ilustrados de Dumouriez, dijo: «Holanda hace causa común con el gabinete de Saint-James, de quien se muestra súbdita más bien que aliada; que participe de su suerte». Y poniéndose á votación la guerra con Inglaterra y el stathouder de Holanda, fué declarada por unanimidad. «Desembarcarémos en su isla, — escribió el ministro Monge á la escuadra francesa, — arrojarémos allí cincuenta mil gorros de la libertad, plantarémos el árbol sagrado, y tenderémos los brazos á nuestros hermanos los republicanos. Aquel gobierno tiránico será bien pronto destruido.» Pitt, apoyado en la rivalidad nacional por una parte, y en el horror que inspiraba el suplicio del rey por otra, no se inquietó con aquellas amenazas, y contaba nuestros barcos y no nuestras proclamas. Sabía que la marina francesa tenía diezmadas sus tripulaciones con la emigración, contando sólo Francia en la mar ó en sus puertos 66 navíos de línea y 93 fragatas ó corbetas. Inglaterra tenía 158 navíos de línea, 22 de 50 cañones; 125 fragatas y 110 buques ligeros. Holanda, aliada de Inglaterra, podía además armar más de 100 buques de guerra de diferente porte. Desde el centro de su isla, rodeada de esta muralla flotante, Pitt podía esperar con tranquilidad y dominar los acontecimientos del continente. Sus tesoros no eran ménos temibles que sus armamentos, pues podía tener á toda Europa á su sueldo. Ministro de los preparativos, como por burla, le habían

llamado diez años ántes; su prevision parecía haber adivinado la inmensidad de la obra que una coalición de diez años iba á imponer á su patria.

No fueron ménos funestas en Rusia para nosotros las consecuencias del suplicio de Luis XVI. Rompiendo al instante Catalina II los tratados comerciales de 1786, en virtud de los cuales eran mirados los franceses en su imperio como la nación más favorecida, prohibió al momento toda relación entre sus súbditos y nuestros nacionales. Mandó salir de Rusia á todos los franceses en el término de veinte días, á ménos que abjurasen formalmente los principios de la revolución de su país. Hasta entónces, aunque la emperatriz tenía inmensos ejércitos libres para enviar contra Francia, después de su paz con Turquía, había suspendido su marcha y dejado á Austria y á Prusia obrar solas contra una revolución que detestaba con todo el odio que profesa el despotismo á la libertad. Había esperado mucho tiempo que el rey de Suecia, Gustavo, cuyo entusiasmo contrarrevolucionario animaba, bastaría solo para dominar y pacificar á Francia. El asesinato de Gustavo frustró sus designios, y desde la muerte de aquel príncipe su corazón luchaba entre dos deseos, uno nacido de su ambición, y el otro de su orgullo de soberana: Polonia y Francia. Sus tropas ocupaban á Varsovia, y comprimían en Polonia las agitaciones de una revolución que fraternizaba con la de París. El rey de Prusia, por el mismo motivo, ocupaba á Dantzick y la Gran Polonia. Este desgraciado país siempre dió un pretexto á la intervención de sus poderosos vecinos; Polonia ha sido con demasiada frecuencia una anarquía constituida. La emperatriz y el rey de Prusia tramaban de concierto la conquista y la repartición de Polonia, mientras estuviese ocupado el emperador en defender á Alemania contra Francia: éste era el secreto de la lentitud de la doble diplomacia del rey de Prusia y la flojedad de la primera coalición. El rey de Prusia miraba hácia atrás, y la emperatriz no quería comprometer los ejércitos rusos sobre el Rhin, temiendo perder de vista á Polonia.

Pero Catalina, al día siguiente de la muerte de Luis XVI, mandó al ministro que tenía en Lóndres, el conde Woronzoff, concluyese un tratado de alianza ofensiva y defensiva con Inglaterra. Apenas fué firmado, dejó á Inglaterra, Holanda, Prusia y al emperador que soportasen solos el peso de la guerra en el Océano, en los Países Bajos, en el Rhin, y ella se adelantó en masa sobre Polonia; así prevaleció la política de ambición en el corazón de Catalina sobre la política de principios. Aparentaba un gran odio contra la anarquía francesa, y excitaba de lejos á sus aliados para que combatiesen; pero ella no combatía. Por su parte Prusia, inquieta con tener á Rusia detras y celosa de conservar su parte en la Gran Polonia, sólo se comprometió á medias. Austria tomó el papel que tenía Prusia en la primera coalición, sublevó el imperio, reunió las fuerzas y se encargó de sostener en primera línea la guerra ofensiva en los Países Bajos. Se convino en que las fuerzas de las potencias tendrían cada una su jefe particular, y la unidad de los ejércitos y de las operaciones fué de este modo entregada á merced de las rivalidades. El emperador dió el mando general al príncipe de Coburgo, que había mandado los imperiales contra los turcos, y partido con Souwaroff la gloria de los triunfos de Fokhani y de Rimnik. Era un general contemporizador, de la escuela del duque de Brunswick, y el hombre ménos á propósito para desconcertar ú oponerse al ardor de un ejército francés. El príncipe de Coburgo, apenas

fué nombrado, pasó á Francfort á conferenciar con el duque de Brunswick, generalísimo de las fuerzas prusianas, y á concertar con él un plan tan desconcertado y pusilánime como el que acababa de libertar á Champaña, perder á Luis XVI y descubrir el Rhin.

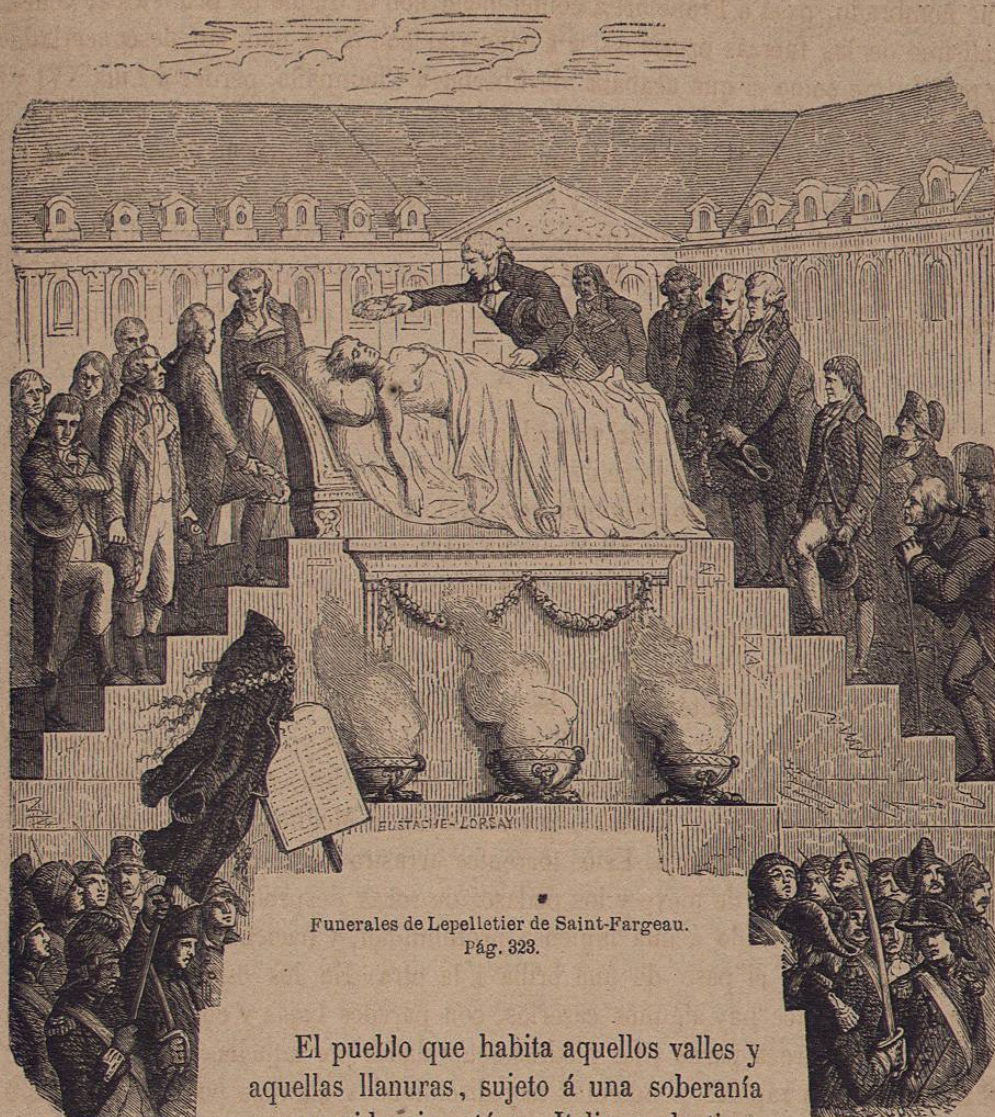
Tal fué la organizacion de esta nueva coalicion, en la que de cinco potencias, tres permanecian en expectativa, y sólo dos iban á combatir, observándose con inquietud una á otra, y no comprometiéndose sino con reserva, haciendo secretos esfuerzos para echarse el peso de la guerra comun, y maniobrando bajo la diferente direccion de dos generales que sólo se entendian para evitar el enemigo.

## X

Hemos dejado á Dumouriez vencedor en Valmy, á Kellermann acompañando más bien que persiguiendo la retirada del rey de Prusia, á Custine en Maguncia, á Dillon en Alsacia, y á Montesquiou reuniendo treinta mil hombres de las guarniciones de nuestras ciudades del Mediodía para invadir á Saboya.

Bosque de los Alpes, Saboya se une á Mont-Cenis por su más elevada cumbre. A un lado baja por una sola y rápida pendiente á los ricos llanos del Piamonte, hácia Turin, y al otro se divide en cuatro anchos y profundos valles, que corren, cada uno con un torrente propio, desde el pié de sus ventisqueros hasta la embocadura de aquellas gargantas. Allí estos torrentes, cuyo desnivel se disminuye ó deja de existir, se hacen lagos, como los de Ginebra, Annecy, Bourget, ó se pierden en el Isere y en el Ródano, que los llevan al Mediterráneo por las provincias del Mediodía de Francia. Estos torrentes arrastran sin cesar en sus espumosas aguas los aludes de nieve y los pedazos de rocas desprendidos de las montañas, oyéndose el ruido á una inmensa profundidad, y haciendo con mucha frecuencia imposible el paso de una orilla á la otra. En los estanques donde se ensancha su cauce hay algunos caseríos, con paredes bajas y cubiertos con lava negra sobre la arena parda y las piedras acumuladas por aquellas aguas. Por todo el resto de estas rápidas pendientes hay diseminadas algunas pequeñas aldeas ó cabañas aisladas, suspendidas y como colgadas de los estrechos y perpendiculares escalones de las montañas. En donde estas pendientes son ménos inclinadas, se extienden varias praderas y algunas cepas que se enlazan á los nogales, y que el campesino, avaro de terreno, cultiva formando emparrados sobre columnas de madera seca.

A estos valles se reúnen otros sin interrupcion, para perderse sin salida en las gargantas que se estrechan de repente y se ocultan en las nieves. El valle de Faucigny, el más próximo al Valais y á Suiza, se forma al pié de Mont-Blanc y desemboca junto á Ginebra. El Maurienne, que baja del Mont-Cenis, se ensancha de repente al aproximarse á Francia, entre Conflans y Montmelian, dos ciudades de Saboya. Allí se une con el valle de la Tarantaise, por donde corre el Isere. A alguna distancia de Montmelian, el Maurienne se divide en dos, corriendo á la derecha hácia Chambery, capital de Saboya, y á la izquierda hácia Grenoble, ciudad francesa y capital del Delfinado, encajonada en una entrada de los Alpes. Montmelian, que defiende á la vez la entrada del Maurienne, del Tarantaise, del llano de Chambery y del valle de Gresivaudan, camino de Grenoble, es por tanto la llave de Saboya.



Funerales de Lepelletier de Saint-Fargeau.  
Pág. 323.

El pueblo que habita aquellos valles y aquellas llanuras, sujeto á una soberanía cuya residencia está en Italia, nada tiene

de italiano más que su gobierno. Es una raza completamente distinta de la latina y de la helvética; no habla ni italiano ni alemán, sino francés; su carácter, sus costumbres, sus hábitos y hasta sus industrias son francesas. Tan pronto como el lazo forzado que le une al Piamonte se afloje ó se rompa, Saboya se inclinará hácia Francia. Las guerras que le hizo bajo la bandera sarda son contra naturaleza, y casi guerras civiles. Exceptuando la nobleza y el clero, á los que las soberanías hereditarias y los favores de la corte unen con un amor fanático á la casa reinante de Saboya, todo el resto de la nacion tiene el corazón francés. El yugo del Piamonte le pesa, la supremacía del nombre piamontes le humilla, los privilegios honoríficos de la nobleza le ofenden, el dominio de su clero, que teme la introduccion de las ideas extranjeras en aquellas montañas, le disputa la luz y el aire del siglo. La casa de Saboya, aunque paternal, benéfica y deseosa de hacer mejoras administrativas en los tres gobiernos que rige, los tiene, sin embargo, en una especie de disciplina monástica, que recuerda el régimen español. El rey, el noble, el sacerdote y el soldado son todo el pueblo.

La conformidad de lenguaje, la contigüidad de las fronteras, las relaciones